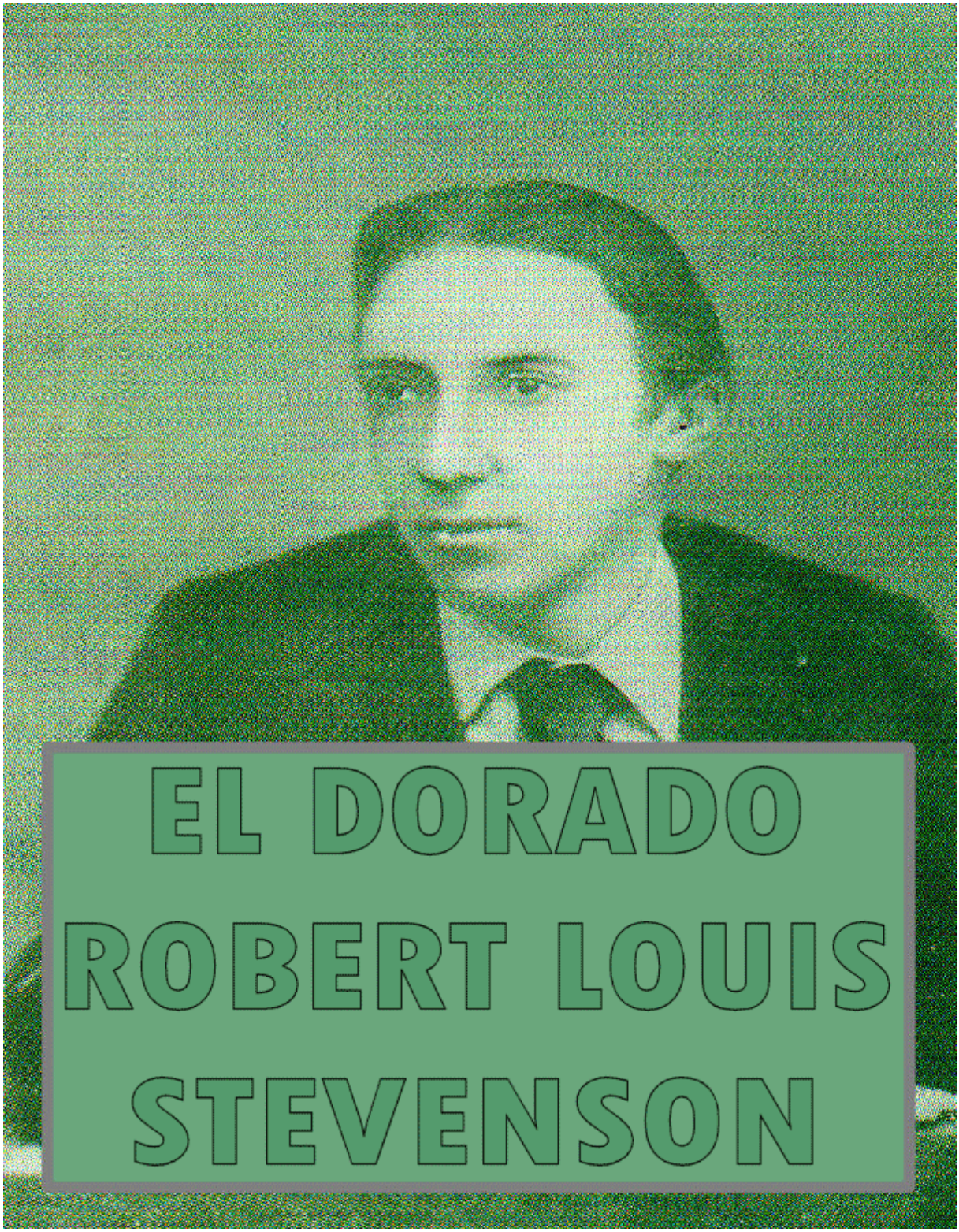
EL DORADO
ROBERT LOUIS STEVENSON



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PARECE como si mucho pudiera alcanzarse en un mundo en el que se presentan tantos matrimonios y tantas batallas decisivas, y en el que todos, a ciertas horas del día y con gran gusto y celeridad, guardamos una porción de víveres de forma final e irreparable dentro de la bolsa que nos contiene; y pareciera también, en una mirada rápida, que el conseguir tanto como sea posible es una de las finalidades de la competitiva vida del hombre. Sin embargo, en lo que al espíritu respecta, esto es sólo una apariencia. Cuando somos felices vivimos en una escala ascendente en la que una cosa nos lleva a otra en una serie infinita. Hay siempre un nuevo horizonte para un hombre que mira más allá, y aunque vivimos en un pequeño planeta, inmersos en asuntos insignificantes que duran apenas algunos años, estamos constituidos de forma tal que nuestras esperanzas son inaccesibles, como las estrellas, y el término de la esperanza se prolonga hasta el término de nuestra vida. El ser verdaderamente felices es una cuestión de cómo comenzamos y no de cómo terminamos, de lo que deseamos y no de lo que tenemos. Una aspiración es una alegría sin término, una posesión tan sólida como una propiedad en el campo, una fortuna que jamás podemos agotar y que año tras año nos provee con la renta de una agradable actividad. Tener muchas aspiraciones es ser espiritualmente rico. La vida será sólo una pieza de teatro aburrida, a menos que tengamos algún interés en ella; y para aquéllos que no poseen ni arte ni ciencia, el mundo es sólo una mancha de colores, un camino áspero en el que pueden muy bien quebrarse un hueso. Es sólo en virtud de sus propios deseos y curiosidades como un hombre puede continuar existiendo sin que su paciencia desfallezca, sólo en virtud de ellos como puede continuar siendo cautivado ante la vista de hombres y de cosas, que puede levantarse cada mañana con un renovado apetito para el trabajo y el placer. El deseo y la curiosidad son los dos ojos mediante los cuales vemos el mundo con los colores más encantadores: son ellos los que hacen a las mujeres bellas y a los fósiles interesantes; y el hombre puede dilapidar su fortuna y convertirse en mendigo, pero si conserva estos dos amuletos, es aún rico en cuanto a posibilidades de placer. Supongamos que alguien pueda tomar una comida tan completa y nutritiva que jamás vuelva a sentirse hambriento; supongamos que, de una mirada, capte todos los aspectos del mundo y suprima el deseo de conocimiento; supongamos lo mismo en cualquier provincia de la experiencia: ¿no estará ese hombre en situación lastimosa si desea alguna vez divertirse de nuevo?

Si un hombre viaja a pie con un sólo volumen en su morral, lee con circunspección, deteniéndose a menudo para reflexionar, con frecuencia abandonando el libro para contemplar el paisaje o la revista en el salón de la posada; pues teme llegar al final de su entretenimiento y quedarse sin compañía en las últimas etapas de su viaje. Un joven amigo terminó recientemente la obra de Thomas Carlyle, concluyendo, si mal no recuerdo, con los diez últimos cuadernos sobre Federico el Grande.

-¡Cómo! - gritaba el joven consternado- ¿No tiene más obras Carlyle? ¿Debo, pues, contentarme ahora con los periódicos? -Un más célebre ejemplo es el de Alejandro, que se dolía amargamente de no tener más mundos que conquistar. Y cuando Gibbon terminó su *Ocaso y Caída,* tuvo apenas algunos momentos de alegría; y se apartó de su trabajo con una "soberbia melancólica".

Afortunadamente, todos disparamos a la luna con flechas sin eficacia; nuestras esperanzas están localizadas en un inaccesible El Dorado. Apuntamos hacia objetivos que no existen aquí abajo; los intereses se entierran para ser sembrados de nuevo, como la mostaza. Se pensaría que cuando el niño nace, han terminado las preocupaciones; sin embargo, este es apenas el comienzo de nuevas ansiedades; y cuando le hemos visto acabar la dentición y educarse, y por último casarse, ¡ay! es sólo para tener nuevos temores, nuevas angustias cada día; y la salud de los hijos de nuestros hijos nos concierne tanto como la nuestra. Así mismo, cuando nos casamos con nuestra esposa, pensamos que hemos ascendido hasta lo alto de una colina y que podemos descender con paso fácil. Pero si hemos terminado de cortejar, hemos comenzado, en cambio, el matrimonio. Enamorarse y conquistar el amor son a menudo tareas difíciles para espíritus dominantes y rebeldes; pero conservar el amor es también un asunto de alguna importancia, al que marido y mujer deben aportar amabilidad y buena voluntad. La verdadera historia de amor comienza en el altar, cuando ante la pareja se presenta la más bella

pugna de sabiduría y generosidad, y una batalla de toda la vida por alcanzar un ideal inalcanzable. ¿Inalcanzable? Sí, ciertamente inalcanzable, por tratarse de dos en vez de uno quienes están en su búsqueda.

"De escribir libros no se termina nunca", se quejaba el predicador, sin advertir de qué modo alababa así el oficio de escribir como una ocupación. No se termina nunca, en efecto, de escribir, ni de experimentar, ni de viajar, ni de acumular riquezas. Un problema suscita otro. Podemos estudiar sin tregua y jamás saber todo lo que deseamos. Jamás esculpiremos la estatua digna de nuestros sueños; y cuando hemos descubierto un continente o cruzado una cadena de montañas, es sólo para, del otro lado, encontrar otro océano u otra llanura. En el infinito universo hay espacio para nuestra más activa diligencia, y aún sobra. No sucede lo que con las obras de Carlyle, que pueden leerse de principio a fin. Aún en el más apartado rincón del universo, en un parque privado, en el vecindario de una cabaña aislada, el tiempo y las estaciones cambian tanto, que aunque nos paseemos por estos lugares toda nuestra vida, siempre habrá algo nuevo` que nos sorprenda y nos deleite.

Sólo existe una aspiración que puede realizarse en esta vida; sólo una cosa que puede alcanzarse completamente: la muerte. Y por una variedad de circunstancias no tenemos a nadie que nos diga si vale o no la pena alcanzarla.

Extraña figura hacemos en busca de nuestras quimeras, marchando sin cesar, escatimándonos a nosotros mismos el tiempo para descansar. i Pioneros infatigables y aventureros! Es verdad que nunca alcanzaremos el objetivo; es aún más probable que no exista; y aunque viviésemos por siglos y estuviésemos dotados de los poderes de un dios, al final no nos encontraríamos más cerca de lo que deseamos. i Oh manos laboriosas de los mortales! ¡Oh pies infatigables, que caminan sin saber su destino! Pronto, pronto os parece que habéis de llegar a la cumbre de alguna montaña, y sólo un poco más allá, recortándose contra el sol poniente, vislumbraréis las agujas del Dorado. Poco sabéis de vuestra propia ceguera; pues viajar lleno de esperanza es mejor que llegar, y el verdadero triunfo es el trabajo.